



La casa de Goethe en Frauenplan

Cinco días a través de la Turingia

Escribe Adela FERRETO de SAENZ

(En. Rep. Amer.)

Invitadas por la Unión Democrática de Mujeres Alemanas de la República Democrática Alemana, a las que nunca acabaremos de agradecer tanta gentileza, un grupo de amigas de la F.D.I.M., venidas de diferentes rincones de la tierra, hicimos una excursión de cinco días a través de la Turingia. Querían nuestras amigas darnos a conocer algunas de las bellezas que atesora su país y mostrarnos cómo trabaja y vive su pueblo.

Salimos de Berlín, temprano. Era una tibia mañana de junio llena ya, a las seis de la mañana, de la ardiente luz de este sol madrugador del verano. Los rostros brillantes, la palabra juguetona y alegre en los labios, todas volvíamos a nuestra adolescencia, a los días despreocupados, libres, de nuestra juventud, cuando de colegialas, salíamos de excursión en busca del paisaje nuevo, a la conquista de un rincón ignorado.

Ahora íbamos a la Turingia. Y el nombre solo de este país de historia y de belleza despertaba en mí, venida de tan lejos, extrañas reminiscencias. Tenía en la mano el programa del viaje, cuidadosamente planeado por nuestras amigas alemanas. Muchas palabras de su idioma me resultaban incomprensibles, pero allí estaban los nombres: Jena, Weimar, Eisenach, Muhlhausen, etc..., nombres que de noción geográfica, de dato histórico, iban a transformar-

se ahora en viva realidad, por un azar más maravilloso que la varita mágica de los sueños.

Y... a las dos de la tarde llegamos a Jena, a la posada del "Schwarzen Bär" — "Oso Negro" — como en los cuentos. Hay allí un fresco en la pared, a la entrada, con una inscripción al pie (la Historia sale a nuestro encuentro), en donde se dice que Lutero y el Gran Duque Christian Johann Friedrich el Generoso, fundador de la Universidad de Jena, acostumbraban alojarse en la posada! Salimos: frente a frente nos mira un soberbio edificio en piedra oscura; es la vieja Universidad donada por el Generoso. En ella, nos dicen, estudió Carlos Marx, enseñó Federico Schiller. Seguimos al acaso, pero el acaso en estas ciudades no cuenta; por dondequiera que se vaya se encuentran "maravillas". Viejas calles angostas, que se ocultan, que suben, que dan vueltas, y, de pronto, la plaza de la ciudad con su fuente, con la bella iglesia gótica, con antiquísimas casas que son joyas. En el centro hay una estatua levantada sobre florida alfombra: es un caballero medieval, en su armadura, en la mano derecha una espada, en la izquierda un libro abierto. ¿Quién es el caballero? ¡Ah!... Pero si es nuestro nuevo conocido, Christian Johann Friedrich, el Generoso, que custodia la ciudad.

Seguimos por ahí, tomamos una calle-

cita angosta, entramos en un jardín; hay una mesa de piedra, hay unas inscripciones: aquí vivió Schiller, su busto se levanta en un rincón del parque, en este banco de piedra él y Goethe conversaron muchas veces.

Las amigas nos llevan a conocer la gran fábrica de aparatos de óptica "Zeiss", famosa en el mundo; el jardín botánico en donde encontré muchas viejas amigas de mi tierra, las aquí raras plantas tropicales; el Planetarium, en donde asistimos a una lección de astronomía.

Pero es preciso seguir el viaje. Dejamos atrás la vieja ciudad, vamos a Weimar. ¡Weimar...!, el libro de Eckermann se va abriendo a retazos en mi memoria. Weimar, aquí tocamos el corazón, la entraña misma de la cultura alemana. Cada piedra de esta ciudad tiene historia, está ligada a un recuerdo imprecadero.

Salimos otra vez al acaso. Por todas partes inscripciones que llaman nuestra atención: aquí, al lado de nuestro hotel "Elefant", en esta vieja casa, vivió Juan Sebastián Bach, aquí nacieron dos de sus hijos. Caminando encontramos la casa de Herder; desembocamos luego en una plaza, frente a un teatro, donde se aglomera una gran multitud: representan la vida del héroe checo Jan Hus, y el pueblo quiere conocerla. Nos detenemos allí un rato contemplando la estatua de Schiller y Goethe, gemelos en el amor de su pueblo.

En la mañana visitamos las casas de ambos genios: la mansión de Goethe con sus ricas colecciones: estatuas, pinturas, mayólicas; en el fondo, aparte, su cuarto de trabajo desnudo de todo adorno. Allí escribió el "Fausto". A un lado, la gran biblioteca con 5.000 volúmenes, la colección de minerales; al otro, la pequeña alcoba, la cama, la silla en que murió. (1)

Luego visitamos la casa de Schiller, sencillísima. En la sala, en marco dorado, está una carta de la Convención Nacional de la República Francesa otorgándole al gran hombre la ciudadanía, en aplicación de la ley del 26 de agosto "considérant que les hommes qui, par leurs écrits et leur courage, ont servi la cause de la liberté et préparé l'affranchissement des peuples ne peuvent être re-

1) Es importante hacer notar que la casa de Goethe, hoy totalmente restaurada, y cuidada como una joya por la República Democrática Alemana, fue bombardeada por los angloamericanos cuando ya la guerra había terminado.